

Parochial and Plain Sermons, Vol. VI, 11, pp.136-152
Predicado en St. Mary, Oxford, el 13 de mayo de 1838

LA PRESENCIA EUCARÍSTICA

Tiempo de Pascua

Este es el pan bajado del cielo, para que quien lo coma no muera (Jn 6,50)

El cuatrimestre que va desde el Miércoles de Ceniza hasta el Domingo de Trinidad puede ser llamado adecuadamente el tiempo sacramental, así como el precedente es el tiempo de la gracia. Y así como en el tiempo de Navidad somos llamados a la sinceridad de propósitos, ahora somos llamados a la fe. Dios hace el bien a aquellos que son buenos y rectos de corazón, y revela Sus misterios a los creyentes. El corazón fervoroso es la tierra buena donde la fe hecha raíces, y las verdades del Evangelio son como el rocío, la luz del sol y la lluvia suave, que hacen crecer esa semilla celestial.

El texto habla de la santa comunión, el más grande y el más elevado de todos los misterios sacramentales que ha sido otorgado a la fe. Cristo, que murió y resucitó por nosotros, está espiritualmente presente en él, en la plenitud de Su muerte y de Su resurrección. Podemos llamar espiritual a Su presencia en este santo sacramento, no como si “espiritual” fuera un nombre o modo de hablar, y El estuviera realmente ausente, sino como una manera de expresar que quien está allí presente no puede ser ni visto ni oído, no es accesible ni puede ser determinado por ninguno de los sentidos, que no está presente localmente, ni carnalmente, pero sin embargo está realmente presente. Cómo es esto, por supuesto, es un misterio. Todo lo que sabemos o necesitamos saber es que El nos *es* dado, y eso ocurre en el sacramento de la santa comunión.

Ahora bien, con referencia al texto y al capítulo de donde está tomado, empiezo por observar lo que a primera vista uno podría pensar que nadie puede dudar: que este capítulo de San Juan trata de la Cena del Señor y es, de hecho, un comentario sobre el relato de la misma, dado por los otros tres evangelistas. Sabemos que es el modo de San Juan de suplir lo que sus hermanos omiten, especialmente en materia de doctrina, y, de igual manera, omitir lo que ellos registran. De aquí que, mientras los otros tres hacen un relato de la institución de la eucaristía en la última cena, San Juan lo omite, y porque ellos omiten extenderse sobre el gran don contenido en ella, San Juan profundiza en él. Esta, digo, es la regla. De aquí que, por ejemplo, San Mateo y San Marcos relatan la acusación contra nuestro Señor, en su juicio, de que había dicho que destruiría el Templo de Dios y lo reconstruiría de nuevo en tres días (Mt 26,60-61; Mc 14,57-58). Ellos no informan cuándo dijo esto, y San Juan suple esta omisión, y, mientras pasa por alto el cargo en el momento del juicio, relata en su segundo capítulo las circunstancias, algunos años antes, de las cuales fue formulado. Los judíos habían venido hacia El y le habían pedido un signo. Entonces El dijo, pensando en su resurrección que iba a ocurrir, “Destruid este Templo y en tres días lo volveré a levantar”, entendiéndolo por Templo a Su propio cuerpo, y por levantar a Su resurrección, después de haber sido muerto (Jn 2,18-22).

Además, San Mateo y San Marcos también traen un relato de la institución del sacramento del bautismo (Mt 28,19; Mc 16,15-16). Cristo lo instituyó al ascender a lo alto, pero no explicó el significado y valor del bautismo, al menos no está registrado que lo haya hecho en San Mateo y San Marcos. Pero San Juan, mientras omite mencionar la institución de ese sacramento después de la resurrección, nos enseña su significado doctrinal por medio de

una conversación previa de nuestro Señor con Nicodemo sobre el tema, un discurso que es el único evangelista en presentar (Jn 3,1-21). Y de igual manera, digo, en el capítulo que nos ocupa explica como una doctrina lo que los otros evangelistas pronuncian como una ordenanza. Más aún, es remarcable que en la conversación de nuestro Señor con Nicodemo no se haga mención expresa del bautismo, cuando es evidentemente el asunto de esa conversación. Nuestro Señor habla de nacer “del *agua* y del Espíritu”. No dice “del bautismo y del Espíritu”, y sin embargo ninguno de nosotros puede dudar que se trata del bautismo. De igual modo, en el pasaje que nos ocupa, no dice definitivamente que el pan y el vino son Su Cuerpo y Sangre, sino que habla sólo de pan, y, nuevamente, de Su carne y sangre, palabras que, sin embargo, se refieren evidentemente al sacramento de Su cena, así como Su discurso a Nicodemo refiere al bautismo a pesar de no nombrarlo con palabras expresas. Por supuesto, sería muy irrazonable decir que cuando El habla de “agua y de Espíritu”, no aludía al bautismo. Y es tan irrazonable, por cierto, decir que en capítulo que comentamos no se refiere a la Santa Cena.

El sentido de las sagradas palabras de nuestro Señor parecería ser como sigue, si uno quiere arriesgarse a investigarlo. En este capítulo, declara en Cafarnaún solemnemente a Sus apóstoles que ninguno vivirá por siempre si no come Su Carne y bebe Su Sangre (Jn 6,53). Y más tarde, justo antes de ser crucificado, como relatan los otros tres evangelios, les indica el modo por el cual este misterio de gracia iba a ser realizado en ellos. Designa el pan consagrado como ese Cuerpo del cual había hablado, y el vino consagrado como Su Sangre. Ellos serían partícipes de su Cuerpo y Sangre al participar del pan y del cáliz (Mt 26,26-29; Mc 14,22-25; Lc 22,19-20).

Es notable también, considerando que la institución de la Cena por nuestro Señor tuvo lugar justo antes de ser traicionado por Judas, y de que Judas había participado de la misma, que en el discurso que nos ocupa aluda a Judas: “¿No he elegido a doce, y sin embargo uno de vosotros es un demonio?” (Jn 6,70). Es como si tuviera en su mente, en Su divina presciencia, lo que iba a suceder cuando instituyera el sacramento formalmente. Obsérvese, también, que en el momento de esa última cena El recurre a la idea de la *elección* de ellos: “No hablo a todos; Yo se a quienes he elegido” (Jn 13,18).

Entonces, cuando Cristo usaba las palabras del texto y de las otras partes del capítulo que lo contiene, estaba describiendo prospectivamente ese don, el pan y el vino, que en el tiempo oportuno serían otorgados a la Iglesia para siempre. Hablando respecto a lo que iba a ocurrir, dice: “Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan bajado del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo; si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que Yo daré es mi carne, para la vida del mundo” (Jn 6,48-51).

Señalaría como corroboración, que nuestro Señor había estado justo entonces realizando el milagro de los panes, en el cual había bendecido y partido el pan verdaderamente. *Sobre esto* continúa diciendo como sigue: “Yo he hecho un milagro con el pan y os he alimentado, pero llegará el tiempo en que os daré el verdadero pan eucarístico, que no es como este pan perecedero sino tal que por él viviréis para siempre, porque es Mi carne”. Entonces, cuando, antes de ser llevado, *tomó* el pan, lo bendijo y lo partió, haciendo el mismo gesto que el del milagro de los panes, e incluso *llamándolo* Su Cuerpo, ¿cómo podían dudar los apóstoles que por ese acción significativa El intentaba traer a su memoria el discurso que recoge el capítulo sexto de San Juan, y que debían reconocer en esa acción la interpretación de Su discurso? Había dicho que les daría un pan que sería Su carne y que tendrían vida, y seguramente

recordaban esto muy bien. ¿Quién de nosotros, si hubiera estado presente, no habría reconocido en la institución de la cena, bajo semejantes circunstancias, el cumplimiento de esa promesa previa? Con seguridad, pues, no podemos dudar que este anuncio en San Juan mira hacia el pan y el vino consagrados de la santa comunión, y en ellos queda cumplido.

Si esto es así, no hace falta probar en absoluto cuán grande es el don en este sacramento. Si este capítulo alude a él, entonces las mismas palabras “carne y sangre” lo muestran. Y no lo mostrarán menos porque no sepamos con precisión lo que significan, pues a primera vista significan evidentemente algo muy elevado, tan elevado que *por eso* no podemos comprenderlo.

Nada puede mostrar más claramente cuán elevada es la bendición como observar que la tendencia de la Iglesia no ha sido restar valor a su maravilla, sino incrementarla. La Iglesia nunca ha pensado poco acerca del don. Lejos de ello, sabemos que una porción muy importante de la cristiandad afirma más de lo que nosotros sostenemos. Esa creencia, que va más allá de la nuestra, manifiesta qué grande es realmente este don. Me refiero a la doctrina llamada transustanciación, que nosotros no admitimos, es decir, que el pan y vino dejan de ser y que el sagrado Cuerpo y Sangre de Cristo se ven, se tocan y se manipulan directamente, bajo las *apariencias* del pan y del vino. Nuestra Iglesia considera que no hay fundamento para decir esto, y que las palabras de Nuestro Señor contienen suficiente maravilla aún sin agregarle nada a modo de explicación. Entonces, considerémoslas ahora en sí mismas, aparte de agregados que vienen después.

El dice: “Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida” (Jn 6,53-55)

1. Acerca de estas palabras señalo, en primer lugar, que evidentemente afirman a primera vista algún misterio muy grande. ¿Cómo pueden ser tomadas de otro modo? Si no es así, deben ser un modo figurativo de expresar algo que no es misterioso, sino simple e inteligible. Pero ¿es concebible que el que es la Verdad y el Amor mismos haya usado palabras difíciles cuando podía usar palabras simples? ¿Por qué habría usado palabras cuyo solo efecto fuera, en ese caso, dejarnos perplejos y alarmados sin necesidad? ¿Se deleita Su misericordia en crear dificultades? ¿Coloca El piedras de tropiezo en nuestro camino sin causa alguna? ¿Excita esperanzas para luego defraudar? Es posible que pudiera tener algún propósito profundo obrando así, pero ¿qué es más probable, que lo que quiere decir esté más allá de nosotros o que Sus palabras estén más allá de lo que quiere decir? Todos los que leen semejantes tremendas palabras como las que nos ocupan, serán llevados, por la primera impresión, o bien a considerarlas duras como los discípulos que se fueron, o bien a dar la bienvenida a lo que prometen como San Pedro. Estarán excitados de un modo u otro, con sorpresa incrédula o con fe esperanzada. ¿Están infundados, después de todo, estos testigos opuestos, ciertamente discordantes pero profundos todos ellos? ¿No valen nada? ¿No son indicios del real significado de nuestro Salvador? ¿No tienen un objeto real este deseo y esta aversión, que nacen tan naturalmente? ¿Son la mera consecuencia de un error general en todos de haber tomado por verdad literal lo que Cristo quiso decir como imagen? Esto es ciertamente muy improbable.

2. Considerad, a continuación, la alusión que hace Nuestro Señor al maná. Hay quienes explican el significado de comer la carne y beber la sangre de Cristo meramente como la

recepción en nosotros de *una garantía* de los *efectos* de la *pasión* de Su Cuerpo y Sangre, es decir, del *favor* de Dios Altísimo. Pero que Cristo nos de Su Cuerpo y Sangre ¿cómo puede significar meramente que nos esté dando una garantía de Su favor? Ciertamente estas tremendas palabras son demasiado claras y precisas para ser tratadas con descuido. Cristo, como he dicho, no habría usado con seguridad semejantes términos definidos si intentaba transmitir una idea tan apartada del significado de los mismos y tan fácil de expresar en un lenguaje simple. Ahora bien, aumenta la fuerza de esta consideración observar que el maná, al cual compara Su don, no era un modo figurado de hablar, sino cierta cosa que causó la salud, hizo que la vida continuara, y presagiaba el favor de Dios. El maná era un don externo a los israelitas, y externo también al mismo juicio de Dios hacia ellos y resuelto acerca de ellos, un don creado por El y participado por Su pueblo. Y Cristo, de igual modo, dice que Él mismo es para nosotros el *verdadero* maná, el *verdadero* pan que ha bajado del cielo, no como ese maná que no podía salvar de la muerte sino un maná que da la vida. Lo que entonces fue el maná en el desierto, eso es seguramente el maná espiritual en la Iglesia cristiana. El maná en el desierto era un don real, tomado y comido: así es el maná en la Iglesia. No es la misericordia o el favor o la imputación de Dios. No es un estado de gracia, o la promesa de vida eterna, o el privilegio del Evangelio, o el nuevo testamento. No es, mucho menos, la doctrina del Evangelio, o la fe en esa doctrina. Es lo que Nuestro Señor dice que es: el don de Su propio precioso Cuerpo y Sangre, realmente dados, tomados, y comidos como el maná lo fue (aunque de un modo desconocido), en un cierto tiempo, y en un cierto lugar particular, es decir, como ya lo he puesto en evidencia, en el tiempo y lugar cuando y donde es celebrada la Santa Comunión.

3. Señalo, a continuación, que Nuestro Señor reprueba a la multitud por no entender el milagro de los panes *como* milagro, sino solamente como un medio de obtener alimento para el cuerpo. Observad ahora que esto es *contrario* a lo que dice en otro lugar con miras de interrumpir el deseo de los judíos en busca de signos y prodigios. Parecería, pues, como si hubiese alguna cosa peculiar y singular en lo que aquí les presenta. Generalmente reprime su deseo de signos, pero aquí lo estimula. Halla aquí una falta porque no reconocieron el *milagro*. “Vosotros me buscáis –dice- no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido pan hasta saciaros” (Jn 6,26). Suponiendo ahora que el don de la eucaristía es un signo especial, el signo que significaba para El darles Su divino poder para siempre, esto justificaría la diferencia entre Su actitud en esta ocasión y en las otras, siendo tan incrédulo pasar por alto los signos cuando son dados como pedirlos cuando no son revelados. Justificaría que les ofrezca maravillas cuando está por prometerles el pan del cielo. No hacen sino imitar a sus antepasados en el desierto, que en el séptimo día fueron a recoger el maná en lugar de hacer caso a Moisés que les había dicho que no encontrarían. ¿Qué fue esto sino buscar mero alimento, y olvidar que era dado milagrosamente, y que por eso dependía inmediatamente del Dador? Dejadme preguntar: ¿es muy diferente la conducta de los que hoy día llegan a la Mesa del Señor sin temor, sin admiración, sin esperanza, sin esa combinación de sentimientos que la expectación de una maravilla tan trascendente debería hacer surgir en nosotros? Temamos perder el beneficio de una obra de poder real, aunque invisible, que nos ha sido otorgada, más grande que aquella de los panes que sólo se refería al sustento de esta vida, por no creer en él. Esta reflexión queda reforzada al encontrar que San Pablo previene expresamente a los corintios del gran peligro de “no *discernir* el Cuerpo del Señor” (1 Cor, 11,29).

4. En lo dicho está implícito que el milagro de los panes fue figura de la eucaristía, lo cual está casi afirmado en el capítulo sexto de San Juan y de lo cual se siguen muchas reflexiones. Porque considérese que si el milagro es figura, cuán grande debe ser su

cumplimiento, a menos que la sombra sea mayor que la realidad, a menos que queramos argumentar según el espíritu de aquellos que negaban la expiación sobre la base de que aunque los sacerdotes jesuitas eran tipos de Cristo, el antitipo necesitaba ser él mismo sacerdote. Más aún, la incomprensible naturaleza del milagro de los panes es una forma de protección del misterio de la eucaristía contra las objeciones de los hombres que quieren atacarla, como por ejemplo que es imposible. Pues hablar de cinco mil personas que son alimentadas con cinco panes puede representar casi una contradicción en los términos. ¿Cómo puede ser? ¿Creció la substancia del pan? ¿O fue el mismo pan aquí y allí y en todas partes, para este y para aquel hombre, al mismo tiempo? ¿O fue creado bajo la forma de pan, en esa última condición a la que es reducido el grano por el trabajo del hombre, y así creado una y otra vez de la nada hasta satisfacer a cinco mil personas? ¿Qué se *entiende* por multiplicar los panes? En cuanto a otros milagros de Cristo, podría decirse que son inteligibles aunque sobrenaturales. No sabemos *cómo* se abren los ojos de un hombre ciego o son resucitados los muertos, aunque sabemos lo que *se entiende* al decir que los ciegos ven, o los muertos resucitan. Pero ¿qué *se entiende* al decir que los panes alimentaron cinco mil personas? Tal es la objeción que puede hacerse contra el milagro de los panes, y obsérvese que es como ésta la que se impulsa contra el misterio de la presencia de Cristo en la eucaristía. Si lo maravilloso del milagro de los panes no es una objeción real a su verdad, tampoco lo maravilloso de la presencia eucarística es una dificultad real para creer en ese don.

Y como para conectar aún más íntimamente el santo sacramento con el milagro de los panes, y hacer que éste sea la interpretación de aquél, Nuestro Señor, como ya dije, realizó el milagro de los panes con los mismos signos externos que usó en el misterio de la cena, y que sus apóstoles han recordado cuidadosamente como los medios indicados para la consagración. San Juan dice que “El *tomó* los panes, y después de *dar gracias*, los *repartió* a los discípulos” (Jn 6,11). Compárese esto con el relato de San Lucas sobre la institución en la última cena: “*Tomó* el pan, *dio gracias*, lo *partió*, y se lo *dio*” (Lc 22,19). Un relato más completo de la multiplicación de los panes lo trae otro evangelista, San Mateo, que dice: “*tomó* luego los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la *bendición* y, *partiendo* los panes, se los *dio* a los discípulos” (Mt 14,19). Y, por otro lado, ¿qué nos dice el mismo evangelista en su relato de la institución de la eucaristía?: “Jesús *tomó* pan y los *bendijo*, lo *partió* y se lo *dio* a Sus discípulos” (Mt 26,26). Nuevamente, en el segundo milagro de los siete panes, usa la misma forma: “*Tomó* luego los siete panes y los peces y, *dando gracias*, los *partió* e iba *dándolos* a los discípulos” (Mt 15,36). Y la forma es la misma en el relato de la celebración del sacramento después de la resurrección del Señor: “Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, *tomó* el pan, pronunció la *bendición*, lo *partió* y se lo iba *dando*” (Lc 24,30). Y de San Pablo leemos que “*tomó* pan, *dio gracias* a Dios en presencia de todos, lo *partió* y se puso a comer” (Hechos 27,35).

Uno no puede dudar, pues, que tomar el pan, bendecir o dar gracias, y partirlo es una forma necesaria en la Cena del Señor, desde que se insiste tanto en ella en estas narraciones. Y señala evidentemente algo extraordinario, sino ¿porqué se *debería* insistir en ello? Lo que es lo dice el milagro de los panes, pues allí se observa la misma forma y era allí el instrumento exterior para realizar una gran “obra de Dios”. Haber alimentado a la multitud con los panes interpreta la Cena del Señor, y así como una acción es sobrenatural, así también lo es la otra.

5. Haré una observación más. A primera vista, puede hacerse una objeción contra lo dicho desde una circunstancia que, cuando se la examina, más bien habla de otra cosa. Los judíos objetaban a Nuestro Señor que había dicho algo increíble cuando habló de darles Su

carne. “Discutían entre sí y decían: ‘¿Cómo puede éste darnos a moer su carne?’”. El Señor al responder, en vez de retractarse lo que había dicho, habló aún más fuertemente: “Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”. Pero cuando ellos seguían murmurando y dijeron “Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?”, entonces aparentemente se retractó diciendo “El Espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada” (Jn 6,52-63). Nos llevaría mucho tiempo entrar ahora en el significado de esta afirmación, pero a modo de argumento aceptemos que El parece calificar las maravillosas palabras que había usado al principio. ¿Qué se sigue de admitir esto? Lo siguiente: que Nuestro Señor actuó de acuerdo a Su modo habitual como en otras ocasiones, cuando las personas refutaban Sus anuncios benéficos, es decir, sin urgir ni insistir en ellos sino como si los retirara, ayudando en cierto sentido a esas personas a rechazar lo que debían haber aceptado sin vacilación. Esta regla del obrar de Dios con el incrédulo la encontramos ejemplificada en el ejemplo del Faraón, cuyo corazón Dios endureció porque él mismo lo había endurecido. Y así también en este mismo capítulo, como si fuera una alusión a semejante gran ley, El dice: “No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a Mí si el Padre que me ha enviado no lo atrae” (Jn 6,44), como si dijera, “Es por un don divino que creéis; tened cuidado, que por las objeciones provoquéis a Dios y os retire Su ayuda, Su prevención y su gracia iluminadora”. Y entonces, después que ellos *hubieron* protestado, El les quitó en consecuencia esa bondadosa luz que les había dado y dijo esas palabras acerca de la carne y del espíritu, que a las mentes carnales podrían parecer desdecirse o justificar hábilmente lo dicho. Pero observemos que agrega “Hay entre vosotros algunos que no creen...*Por esto* os he dicho que nadie puede a Mí si no se lo concede el Padre” (Jn 6,64-65).

Debe señalarse que todo esto es paralelo a Su trato con los judíos en el capítulo décimo del mismo Evangelio. El afirma allí “Yo y Mi Padre somos uno” (Jn 10,30). Los judíos, en lugar de aceptar la verdad, tropezaron con ella y le acusaron de blasfemia, como si fuera un hombre que se hacía a sí mismo Dios. Esta fue la conclusión que sacaron de Sus palabras, y fue una inferencia correcta, como en el otro caso en el que entendieron rectamente que les prometía darles a comer Su carne. Pero cuando, en vez de aceptar la verdad que habían deducido correctamente, en vez de humillarse ante el Misterio, lo rechazaron, El no los forzó. No les dijo que lo que habían sacado *era* una conclusión correcta, sino que retrocedió como si salvara hábilmente sus palabras. Les pregunta si los gobernantes y profetas de los que habla en el Antiguo Testamento no eran llamados dioses figurativamente, y si así era, mucho más podía El llamarse a Sí mismo Dios, e Hijo de Dios, siendo el Cristo. No les dice que El *es* Dios, aunque lo es, sino que arguye con ellos como si admitiera como verdad el fundamento de su objeción. Al juzgar, reduce Su credo a nombres y figuras. Así como El es realmente Dios, aunque en una oportunidad pareció decir que lo era pero tan figurativamente, así también nos da verdadera y ciertamente Su Cuerpo y Sangre en la Santa Comunión, aunque, en otra ocasión, después de decirlo pareció continuar explicando estas palabras solamente de manera fuerte. Y así como nadie salvo los herejes toman ventaja de Su aparente negación de ser Dios, nadie tampoco sino ellos hacen uso de Su aparente negación de darnos Su carne, y de que la Comunión es un medio elevado y celestial de hacerlo.

Reflexiones como las anteriores nos llevan a esta conclusión: a entender que es nuestro deber enriquecernos mucho con los milagros de amor de Cristo, y en vez de negarlos o sentirnos fríos hacia ellos, desear que nuestros corazones estén con ellos. Existe una curiosidad meramente carnal, por cierto, una intromisión elevada e irreverente en las cosas sagradas, pero existe también una curiosidad santa y devota que sienten en su medida todos los que aman a Dios. La primera está ejemplificada en los hombres de Bet Semes cuando miraron dentro del arca (1 Samuel 6,13-19); la segunda en el caso de los santos ángeles que,

como nos dice San Pedro, “ansían contemplar” la gracia de Dios en el Evangelio (1 Pe 1,12). En el Evangelio hay, seguramente, maravillas realizadas, tales que “el ojo no vio, ni el oído escuchó, ni vinieron a la mente del hombre” . Sintamos interés y expectativa reverencial ante las nuevas que nos trae. Salgámosles al paso. Esperemos en Dios día a día que nos de los tesoros de su gracia, que están ocultos en Cristo, y que están más allá de las palabras o el pensamiento.

Sobre todo, pidámosle que nos arrastre hacia El y nos de la fe. Cuando sentimos que Sus misterios son demasiado severos para nosotros y ocasión de dudar, esperemos seriamente en El don de la humildad y del amor. Aquellos que aman y que son humildes los comprenderán. Las mentes carnales no los buscan, y las orgullosas se ofenden ante ellos. Pero mientras el amor los desea, la humildad los sostiene. Pidámosle que nos de tal visión real y vívida de la bienaventurada doctrina de la Encarnación del Hijo de Dios, de Su nacimiento de una Virgen, de su muerte expiatoria, y de su resurrección, que podamos desear que la Santa Comunión sea el tipo efectivo de esa bondadosa economía. Nadie capta realmente el misterio de la Encarnación sino siente disposición hacia el de la Eucaristía. Pidámosle que nos de el verdadero anhelo de El, la sed de Su presencia, la ansiedad por encontrarle, el gozo por escuchar que ha sido hallado, aún ahora, bajo el velo de las cosas sensibles, y la buena esperanza de que *nosotros* le encontraremos allí. Benditos ciertamente los no han visto y aún así han creído. Ellos tienen su recompensa *en* creer, gozan la contemplación de una misteriosa bendición, que no entra aún en los pensamientos de otros hombres. Y mientras son más bendecidos que otros en el don que se les da, tienen el privilegio adicional de saber que se les da.